

Orfila
Bardesio



ORFILA BARDESIO

DIECISÉIS ODAS Y UNA CANCIÓN

Introducción de Héctor Rosales

Montevideo – Uruguay
2001

DIECISÉIS ODAS Y UNA CANCIÓN / 1ª edición

© Derechos reservados

Diseño de portada:

HÉCTOR ROSALES

(Imagen: variante sobre foto de Elbeé Borreani)

Maquetación y coordinación general:

BLANCA MATEOS

Esta edición ha sido creada en formato electrónico (PDF)
para ser distribuida por Palabra Virtual
con la autorización de la autora y supervisión de H. Rosales.

México / Barcelona, abril de 2005.

LA LARGA ORACIÓN DE ORFILA

ORFILA BARDESIO, POETA URUGUAYA

De la rica tradición poética que en su corta historia ha generado el Uruguay (geográficamente, el más pequeño de los países de América del Sur, con una población que apenas supera los tres millones de habitantes) trascendieron al exterior varios nombres pertenecientes, en su mayoría, a tres generaciones. La breve nómina que citaremos aquí comenzaría con Juan Zorrilla de San Martín (1855-1931), Julio Herrera y Reissig (1875-1910), dos figuras relevantes que escribieron y publicaron entre los siglos XIX y XX; precisamente a los autores de este período se les englobaría en la llamada "Generación del 900", cuya más joven exponente sería Delmira Agustini (1886-1914). En las primeras décadas del XX también aparecen las obras de Juana de Ibarbourou (1892-1979) y María Eugenia Vaz Ferreira (1875-1924) que contaron, en especial la primera de ellas, con una importante difusión dentro y fuera del país. La siguiente generación, aún activa, que ha conseguido una prolongada audiencia por parte de profesores, críticos y público, además de una influencia notoria en promociones posteriores, es la denominada "Generación del 45", cuyos mayores exponentes en el ámbito internacional son: Mario Benedetti (1920), Idea Vilarino (1920), Amanda Berenguer (1921) e Ida Vitale (1923). Orfila Bardesio (1922) estaría en este conjunto, aunque su actitud reservada ante el mundillo cultural le alejó de los cauces de la popularidad y del debido reconocimiento a los valores de su obra, tan meritorios (y en algunos casos, todavía más) como los de los mejores títulos de los poetas que estamos mencionando.

En la década del sesenta y hasta nuestros días podemos añadir a dos autores que han publicado con frecuencia en los países donde se exiliaron: Saúl Ibargoyen (1930) en México y Cristina Peri Rossi (1941) en España. Otro uruguayo de la diáspora, Eduardo Milán (1952), sumaría sus libros desde México.

La promoción que actualmente viene siendo leída, estudiada y galardonada con bastante relieve es la que comenzó a publicar a finales de los setenta y en el curso de los ochenta, autores que escribieron sus primeros volúmenes dentro de la dictadura militar y a los que se les llamó "Generación del Silencio" o "Generación de la Resistencia". Entre otros, aquí encontramos a Luis Bravo (1957), Rafael Courtoisie (1958) o Silvia Guerra (1961), poetas que han puesto su mirada en la producción de Bardesio, y que en los últimos años han contribuido a la necesaria redifusión y consideración de su impecable trayectoria poética.

Este camino lo inicia Orfila en la Montevideo de 1939 con la publicación de "Voy". En esa capital y año la jovencísima poeta fue presentada en el Paraninfo de la Universidad por el prestigioso crítico y ensayista Alberto Zum Felde dentro de las actividades de "Arte y Cultura Popular". Otra autora uruguayana exquisita, Susana Soca, buena amiga de Orfila, la presentaría después en la "Sociedad Amigos del Arte".

A este primer título seguirían: "La muerte de la luna" (Buenos Aires, 1942), "Poema" (Montevideo, 1946), el tríptico "Uno", publicado en Montevideo (libro primero: 1955, libro segundo: 1959 y libro tercero: 1971), "Canción" (Montevideo, 1970), "Juego" (Montevideo, 1972), "La flor del llanto" (Montevideo, 1973), "El ciervo radiante" (Montevideo, 1984), "Antología poética" (Montevideo, 1994) y "La mano desnuda" (Barcelona, 1996). Por los tres volúmenes de "Uno" y "Poema" obtuvo cuatro veces el Premio del Ministerio de Cultura, y el Primer Premio del Municipio de Montevideo por "Poema" y "El ciervo radiante".

Nacida en Montevideo, ciudad en la que reside hoy día, Orfila Bardesio vivió durante años en el departamento (provincia uruguaya) de Treinta y Tres, donde se desempeñó como profesora de Literatura en Enseñanza Media.

Ha dado numerosas conferencias y colaborado en distintas revistas literarias nacionales y extranjeras.

En "Nuevo Diccionario de Literatura Uruguaya" (Montevideo, 2001), dentro de la correspondiente entrada a la autora, se cita una interesante observación del crítico Domingo Bordoli acerca de "Uno" (libro primero), al que define como **Universo**:

"Ante él, el yo se asombra y se hace una misma cosa con el mundo. Cada poema de este libro es, por lo tanto, mundo derramado que trama su yo. Todas las cosas pueden corresponderse de extraña y súbita manera (...) la obra es una peregrinación a través de sucesivas metamorfosis –algunas veces recíprocamente dependientes."

Al final de la ficha del diccionario se incluye una reveladora respuesta de Orfila (en una entrevista que le realizara Luis Bravo), donde la poeta advierte de la perspectiva generada por el fenómeno poético: "Como pensaba Rimbaud, la poesía es una alucinación de las cosas eternas, es como abrir una ventana y quedar frente a lo eterno".

Se ha reiterado en distintas publicaciones el siguiente y oportuno enfoque del poeta uruguayo-francés Jules Supervielle sobre la autora: "Hay palabras como leopardo, cordero, cisne, que serán asociadas para siempre a su nombre de poeta, de gran poeta. Ascenden a la superficie de sus versos y allí se fijan sin perder levedad".

Por su parte, Mario Benedetti opina sobre su compatriota y su marco generacional: "Bardesio integra aquella promoción que nos puso en contacto con Idea Vilarino, Amanda Berenguer, Ida Vitale, que si bien no se constituyeron en un grupo formal o escuela y que además no tenían afinidades concretas en materia de poesía, coincidieron en una actitud autoexigente y existencial, y demostró (con diversos lenguajes y en distintos niveles de calidad) que su poesía no era un mero pretexto. En realidad tenían algo que decir, algo que comunicar".

Apartada de las luces empeñadas en éxitos efímeros, permanentemente fiel a su escritura y a su sólida educación, Orfila Bardesio está señalada por el tiempo para ocupar un espacio significativo en la literatura de su país y de cualquier lugar con población sensible y exigente. Autores como los ya nombrados, a los que se añaden Jorge Luis Borges, Julio Cortázar y un extenso etcétera, dan fe de la "buena salud" de la poesía bardesiana, que continúa creciendo de la mano de su ya octogenaria y joven creadora.

ENCUENTROS EN EL SUR

A mediados de 1986 regresé a Montevideo por primera vez, luego de siete años y medio de ausencia. Entre los numerosos escenarios recuperados, nuevos o redescubiertos por

aquel joven uruguayo estaba el bar Sorocabana, en su sede primordial de la Plaza Libertad, centro del centro de la capital, que era contemplado por unos amplios ventanales laterales del establecimiento. Allí concurría un público diverso, como en décadas anteriores, cuando ya tenía fama por ser punto de reunión de escritores, artistas, políticos e intelectuales, entre otras personalidades o figurantes del mundillo montevideano.

En aquel invierno visité varias veces el Sorocabana, y fue en una charla con otra de las voces más originales de las letras uruguayas, Marosa di Giorgio, cuando conocí a Orfila Bardesio.

Promediando sus sesenta años, delgada y menuda, vestida con sencillez, el cabello blanco y gris recogido en una coleta, despejando su rostro armonioso y cálido donde unos ojos negros y brillantes, bellísimos, palpaban a los seres y al planeta desde muy adentro de sí misma, Orfila cultivaba un halo de natural humanismo, de sabia y genuina humildad, de cultura y comprensión como pocas veces había conocido hasta entonces. Por ello no fue nada difícil entablar una amistad que me ha enriquecido y honrado hasta el día de hoy. Sin apenas referencias sobre su obra, desde aquella noche quedé muy interesado por su poesía, sus escritos en general, su trayectoria creativa y vital, que me devolvían a una serie de ejemplos muy caros a mi memoria, cuando alejado del país recordaba a profesores y artistas uruguayos que aportaron ideales, objetivos, identidad, estímulos y razones precisas para continuar más allá de la siniestra década del setenta, donde se quebraron tantas alas de la sociedad uruguaya. Pasaron los años, vinieron lecturas y envíos periódicos de libros, suplementos, revistas, cartas, noticias mutuas. Logramos colaborar en más de un proyecto en común. Y cada vez que retorné a nuestra ciudad, siempre hubo algún que otro rincón para llamadas telefónicas y visitas a su casa. En el domicilio de Orfila coincidimos, además, con otras amistades, con familiares, con numerosas fotografías y anécdotas de personas presentes y de otras que, superando sus ausencias físicas, llegaron hasta nosotros por los mejores senderos de su recuerdo.

En nuestro reencuentro más reciente, mayo 2003, la poeta leyó en voz alta dos de los textos inéditos que integran " Dieciséis odas y una canción", manuscrito que me había enviado en marzo de este año para una posible publicación en el viejo continente. Esos poemas, que ya me habían gustado en mi lectura inicial, adquirieron una vibrante y aún más luminosa consistencia en los labios de Orfila. Y comentamos allí no sólo diversas propiedades de esos escritos, sino del conjunto al que estaban unidos, una obra que me había anticipado en plantear como proyecto editorial al amigo y poeta portugués Alberto Augusto Miranda, que me confirmó por mail su plan de publicarla en Lisboa y que, para alegría de la poeta, así le informé en su casa de Montevideo.

La presente edición, pues, facilita el acceso del lector portugués a los poemas de esta singular autora y a un trabajo que desconocen los lectores compatriotas de Orfila Bardesio. Esperemos que a partir de estas páginas, tanto en uno u otro país, se origine una búsqueda, revisión o reedición de otros títulos que ya hemos enumerado y que, sin ninguna duda, aportarán versos para seguir creyendo en esa poesía que palpita en la estructura más humana de nuestro espíritu.

LAS ODAS Y LA CANCIÓN

La fuerza de la oración se sustenta en el ejercicio de la palabra dirigida a cualquier entidad superior que oiga, comprenda y actúe en beneficio de algo o de alguien, pero

siempre con la creencia de que lo pedido, lo agradecido, lo simplemente expresado se ha puesto en oídos más altos motivado por un sentimiento de justicia. Las palabras de la oración están, además, impregnadas por la propulsión inefable de la fe, que no se acoge a disquisiciones intelectuales, racionales o de cualquier lógica al uso, sino que nace de una raíz oscura y luminosa a la vez, con la cual, superados los vanos y naturales impulsos humanos por entenderse a sí mismo, al mundo y al cosmos, se asume la verdadera dimensión de criaturas sin más poder que el de los propios sentimientos y la inteligencia afiliada a los códigos sociales, históricos, culturales y biológicos. No repetiremos la más conocida y universal afirmación de Sócrates, pero sí la consecuencia inmediata: se vive en una extensa noche, con numerosas estrellas y soles lejanos, sin ninguna certeza del propio tiempo disponible ni del alcance real de las acciones que emprendemos para afrontar una condición existencial que no hemos elegido.

La oración pretende edificar puentes invisibles, dar y recibir señales, atravesar, superar esa noche. Y si fuera admisible, llegar a la Verdad.

Dentro de las disciplinas artísticas, la más próxima a la oración es la poesía. En ella también se encuentra la palabra como principal instrumento, y la respiración, el ritmo interior, el aliento instintivo que la une a la naturaleza, la búsqueda de las claves que configuran lo auténtico, los rituales de fondo que la hacen moverse como una bandera encendida en los túneles y en las fronteras del corazón.

Desde el comienzo de su obra Orfila Bardesio conoció este designio y lo ha llevado consigo en todo momento. Por ello la unidad de su trayectoria, la inclusión de una mística personalísima, la fusión de sus propuestas con una energía telúrica que se adhiere plenamente a la vida y al mismo tiempo se asocia, en muchos casos, con una mirada de penetrante curiosidad metafísica.

En este libro que nos ocupa, escrito en los primeros años de la década de los noventa, la autora despliega una notable madurez expresiva, tanto en las composiciones propiamente dichas, como en el bagaje temático, que condensa sus múltiples reflexiones religiosas al lado de las inquietudes sustanciales del ser humano de cualquier tiempo y lugar.

La figura de Jesús y la simbología cristiana, que ha estado presente en no pocas páginas de la producción bardesiana, se retoma en Las Odas con una tensión asombrosa, que no decae en ningún momento, y que se enriquece con imágenes de gran fuerza plástica, hallazgos verbales sumamente acertados y un tono omnipresente, lleno de credibilidad en su forcejeo contra un destino implacable, que nos remite a lecturas bíblicas, profetas y poetas místicos de siglos anteriores, que ahora adquieren una actualidad renovada en la voz de la autora uruguaya.

Las dieciséis odas, que previamente debemos diferenciarlas de la canción como nos indica el título, son composiciones de estricto carácter poético, vale decir, se estructuran como una sucesión de poemas unidos por temas, ritmos y tono, en una progresión que va aumentando en intensidad hasta desembocar en la formidable Oda Duodécima, donde al final se nombra a ese "Dios desconocido", que también reaparecerá con la misma denominación en la oda siguiente y en la última, afrontando la interlocución de la poeta: "te doy las gracias" (Oda Duodécima), "ten piedad de mí" (Oda Decimotercera) y "no podemos más" (Oda Decimosexta).

En la Oda Primera la autora se pone directamente del lado del herido: "Canto a los agujeros / en los pies y en las manos / del hombre / que colgaron en un leño". Posición que no abandonará en los demás textos.

En el curso de las odas aparecen versos que marcan de un plumazo la travesía espiritual a la que nos conduce Orfila: "Canto al número cero, / canto al signo de

menos"; "la vida no vivida / de la mujer amarga"; "Magdalena a los pies de Jesucristo" (...) "amor, que tiene nombre de locura"; "... se ve la cara del Hueco, / la cara de buitre del Vacío, / la cara de la demencia / llamada Nada"; "la vida no vivida del hombre amargo"; "la vacía amargura doméstica"; "las afiladas garras de una maldición"; "La estación del amor"; "Inocencia, ¿qué guardan tus armiños o tus nieves?"; "... la orden de amar / como Dios amaba".

Este profundo y descarnado periplo desembocará inevitablemente, como ya indicáramos, en ese "¡oh Dios desconocido!, no podemos más." Y allí, en una catarsis compartida por el lector, se corona el esfuerzo comunicativo que Orfila ha mantenido con pulso firme sin apartarse de sus cánones poéticos.

Las odas se cierran haciéndose eco de las torpes aspiraciones de los hombres a través de mecanismos, errores, sacrificios y esclavitudes que ellos mismos forjaron en su supuesta evolución. La poeta habla en plural, y en el trayecto va asimilando, enumerando y consumiendo sus visiones, sus pautas, incluso su voz.

Pero el libro no acaba con la invasión del silencio, aquí tutor de la desdicha.

Recordemos el título: "Dieciséis odas" (estrictamente poemas)... "y una canción".

Tal canción, con un lenguaje ajustado a ese formato de escritura, despojada de los tratamientos y densidades de los poemas anteriores, tiene además un título y una dedicatoria: "La Canción de la Tierra" a San Francisco de Asís, y el texto, fraterno y "franciscano" como el santo, si bien pide perdón a la tierra por los desmanes que le cometemos casi sin pausa, parte de este perdón como fuente para una esperanza concreta y al alcance de nuestra voluntad.

En esta ventana abierta al final del túnel podemos ver, todavía, a la espléndida escritora montevideana escribiendo nuevas páginas. Nosotros permaneceremos atentos a su fecunda y ejemplar compañía.

*Héctor Rosales
Sitges (Barcelona), 9 y 10 de agosto de 2003*

P.D./

Por razones ajenas a los autores, la edición original para la que había sido redactada esta introducción se ha demorado indefinidamente hasta la fecha.

Mientras tanto, hemos decidido proyectar una primera edición digital bajo el cuidado de Blanca Mateos y la web y sello Palabra Virtual (México). De esta manera se amplía el acceso de lectores a la obra, que ahora podrá ser abordada desde cualquier lugar del planeta mediante Internet.

(H.R. / BCN, 28.03.2005)

LAS ODAS

ODA PRIMERA

Canto a los agujeros
en los pies y en las manos
del hombre
que colgaron en un leño,
a la herida por gusto
labrada en su costado,
a su carne rayada
por azotes como una piel de cebra
en donde viborea
sangre seca,
a sus ojos cegados por el llanto,
a su cabeza hendida
por espinas de donde cuelgan
como adornos
estalactitas duras de saliva,
canto al gusto a vinagre
que le quema la lengua,
y pende, de su boca
como badajo
que la sed golpea.

ODA SEGUNDA

Canto al número cero,
canto al signo de menos,
canto al momento eterno
en que el cordero
entra al matadero
sin resistir a los verdugos
y la mano derecha
recibe el cayado de caña,
en que la espalda siente
derramarse el violeta
como lluvia de lepra
y en la mejilla
arde el calor
de la primera bofetada,
canto
a las veces calientes
en que cae como un tonto
que no intenta defensa,
y ya en el colmo de la inercia
pide perdón
para el que juzga indigna
su existencia, y le arroja
la muerte a la cara
como una naranja putrefacta,
canto al pecho en donde brama
el grito: -“¡Padre!,
¡por qué me has abandonado!”

ODA TERCERA

Al mediodía, entre margaritas,
sentada en piedras lisas,
 nombro a la bruja,
 la vida no vivida
 de la mujer amarga,
 limpios objetos como rejas la cercan,
 un pulcro olor a nada
 respiran sus pulmones,
 hunde el pico de buitre
 en la carne más tierna,
 el desierto le seca la piel,
 -las tijeras, la suerte, el criterio, las moscas,
 el horóscopo, el polvo, las cuentas,-
 le dan vuelo a la escoba
 que la eleva sobre el género humano,
 el vacío le llena las vísceras,
 los ojos de vidrio le detienen la cara,
 el miedo metaliza el calor de su vientre,
 un arenal estéril deja sus senos huecos,
 se abraza a la malicia
 como a un escudo antiguo
 y la honra es el líquido
 con que lustra su muerte,
 sentada en una olla
 teje un invierno eterno
 para abrigar sus gatos
 en la rueca oxidada
 que agoniza en su pieza,
 la vida es su mortaja,
 y cuando anda pasa el viento,
 a la luz de relámpago
 de una dicha prohibida
 contempla en el espejo
 a la bella figura del triunfo
 y adorna con su risa
 abierta en carcajada los grises de sus trajes
 de donde llueven cenizas frías,
 en el laboratorio de su mente
 ocurren los destinos,
 en el sitio del juicio
 tiene siempre la última palabra,
 como los dientes de una máquina de calcular
 mastican los papeles, así persigue ella

a la inocencia como a una liebre arisca,
en mil glorias redondas
le estallan los ciruelos, ella suelta sus galgos
para atraparlos,
el sol le desemboca en la ventana,
ella le derrama la noche por encima
para que vuelva al otro día,
sobre su mesa humean los manjares
que en celosos roperos
para mañana guardan
sus dedos flacos,
eleva como a Dios
al diablo sus plegarias,
por el miedo al amor
congelada
la encierra su ataúd,
el corazón clamando
bajo el dolor secreto
de la vida
que no pudo vivir.

ODA CUARTA

Temblor que confía
cuando la nada eleva su muralla,
rosa que da su seno a las avispas,
riesgo que cruza la tormenta
aunque el barco se hunda,
como una gaviota solitaria,
plumas que vuelan en el aire violento,
pañuelo que se agita en el muelle brumoso
cuando todos se han ido
y la inevitable madrugada
repite como siempre
sus soledades de campanas grises,
mano olvidada del mendigo
que quiere dar hasta los huesos
y vuelve con su oro sin destino,
pradera que arrugaron las sequías
y desde abajo impulsa manantiales,
niño que acaricia las fieras,
corazón atrevido que se anima
a latir en el desierto,
vaso de agua que se ofrece al sediento homicida
en el instante en que derrama
la vida de la presa,
lazarillo del loco, lluvia fresca
en las ramas vacías, flor
que perfuma entre los números,
pelícano entre horas y bocinas,
libro del ciego, estrella que la noche
no siente ni conoce, estío en el invierno,
fuego que los leños desprecian
y no encienden, escalera que invita
y las piernas no suben,
llama que a nadie abriga sin peligro,
Magdalena a los pies de Jesucristo,
-espanto de Simón, el fariseo,-
enemigo que roba la vida,
amor,
que tiene nombre de locura.

ODA QUINTA

Con vellos de murciélago
y mirada de sapo,
resopla fuego por la lengua
como un dragón, y de la abierta boca
le gotea una espesa saliva gomosa,
lo endurece hasta el hielo
la cara del Bendito, trombas, huracanes,
aludes, incendios, terremotos,
encierra en su arca de truenos
la joyería de las maldiciones,
miente piedad, lágrimas, penas,
como si fuera un niño,
colecciona en secreto un erizo doméstico de crímenes,
se sienta en su trono
sin miedo a ser juzgado
y desprecia a los hombres como a moscas,
bebe la amargura como licores dulces,
curte la pureza como un cuero
para golpear con él a los impuros,
reza en el templo para *tener derecho*
a maldecir a los culpables,
conserva el corazón salado como un charque,
los muros lloran en su casa
como si hubiera guardado el mar entre las piedras,
no está quieto, no duerme,
por todo se ofende, cubierto con traje
de espejo negro, la dignidad no le permite
jugar a la pelota,
titiritero de las vidas que maneja a su antojo,
junta lágrimas como piedras preciosas,
llora como el dueño absoluto de los sauces,
ama la muerte como si el sol
se hubiera equivocado, su boca forma el rictus
del desprecio más alto y venerable,
nada comprende de las grandes misiones
y los nombres sagrados,
impondría el poder de la cruz
como si el rayo no pendiera en su nube
sobre el lustre imanado
de su frágil cabeza, las almas
llevaría hacia una fría tumba
meticulosamente regular,
y juega con el bueno, como el gato elegante

con el ratón, la inocencia lo humilla
como un ángel de Dios,
a la fuerza serena de la virilidad confunde
con el tigre cebado de la agresión,
acosa como a ratas
a los que aman la vida,
con sutileza de vencedor,
escribe en el trabajo sudoroso del santo
el nombre que le hincha
de furia las tres caras.

ODA SEXTA

A la orilla del mar, sobre la arena,
pienso al ogro,
-la vida no vivida del hombre amargo,-
una legión de enanos guiñadores
lo rodea de piruetas verbales,
-el oscuro bufón de sus sermones,-
botas de siete leguas usan sus mil razones,
y recorre con ellas en un rayo
la galaxia infinita de *la sabiduría*,
en las usinas de la muerte
compra las herramientas sus malos humores
por un poco de sangre,
bajo los truenos del trabajo
esconde sus angustias,
la lejía del odio rutinario
le lava las audacias de la blanca confianza,
y con las sierras de sus gritos
lima los nervios de sus hijos
y devora sus vidas como un manjar
hasta dejarlos tiernos como fantasmas,
y cuando tiemblan, bajo el marfil
agudo de sus dientes, una fruición eléctrica
aumenta su saliva,
hinchados por el viento de la ira
tuercen sus intestinos las espigas del hambre,
su mujer, reducida al hueso
y al pellejo de la bruja,
con lechugas sonrientes de miedo
los oculta en la flaca bandeja de su vientre,
excitado en secreto por el halcón de sus temores,
picanea con ellos la piel de la inocencia,
para forrar sus pánicos
usa un traje ritual de cortesías,
el amor le desata los calambres del vómito,
por eso, bajo la leche suave de sus caricias,
que reciben los niños como corderos,
salta de pronto, ágil,
el solapado desgarrón del tigre,
su aliento sulfuroso
expande un abanico de mentiras,
al mal bendice y riega
como a flores amables,
y juega como un gato displicente

con la sutil madeja de las hipocresías,
lo decora el saludo
de los otros verdugos
con medallas domésticas,
así de siglo en siglo
va escribiendo su libro
de muertes invisibles,
hasta que llegue el día
del libro de la vida
donde su nombre no está escrito.

ODA SÉPTIMA

Se abre sobre el charco
una inmensa margarita sonora,
una noche busca otra noche
para unirse en cadena de maldiciones,
-se abren de pronto, puertas,
simultáneamente, mostrando
la vacía amargura doméstica,-
ojos duros de gato fosforando en lo oscuro
una curiosidad prohibida,
estatuas repetidas que lava
una lluvia blanca de odio congelado,
buitres picando carne humana
en el mercado, sanguijuelas hinchadas
con sangre de vencido,
fronda de nada venenosas,
follaje de cuchillos
sobre duras estepas, usina
de demencia establecida,
noches de hueco grande
en donde las lechuzas
giran rápidamente la cabeza,
caníbales honestos de ojo triste,
bocas de hambre amarga
que comulgan con el pan de la muerte,
de sus huesos huye la alegría
como una liebre,
el sol pleno y piadoso
invita a dejar sobre el lienzo
blanquísimo de la casta verdad,
los afilados instrumentos orales
de las viudas del aire,
los frutos dorados de la vida
a sonreír invitan
a heladas muecas sin ventanas
de envidia taciturna.

ODA OCTAVA

Cuando suenan campanas de Pascua
y el cirio de la aurora
ha vencido a la noche,
se escuchan palabras de condenación.
Cuando los ángeles amables
sonríen suavemente,
en los oídos se hunden
las afiladas garras de una maldición.
Cuando sobre el prado
se extiende el gracioso verdor del avenal,
cruzan de pronto carruajes nocturnos,
y en el dulce frescor
hincan avispas sus agujas.
Cuando curados de una torpe nada
baja el cielo a la tierra
como al ciervo la ágil carrera,
disparan contra el naciente corazón
flechas de penas antiguas
que la hoguera del amor infinito
había incendiado ya.
Cuando coros bendicen el traje
de la augusta paciencia,
una sombra humillada de no ser luz,
proclama que su tejido es falso,
y celosa, la expulsa de la casa,
con su sangre decorada.

ODA NOVENA

La estación del amor
inaugura las dichas abiertas
como la cola inmensa de un pavorreal
que de pronto posara
en el tiempo terrestre
su fiesta celestial,
y la vía-láctea del suspiro
en la carne sagrada de los amantes
estrena felices sorpresas,
-el olvido recuerda un mensaje raro,-
y las fieras unidas
por el misterio cósmico del abrazo,
reciben el agudo barullo
que interrumpe la caricia del universo,
y a la rosa, -que confía al aire sus espumas,
que expande sin miedo
a su próxima muerte la delicia
de un aterciopelado calor blanco,-
una mano la oculta
bajo ásperas piedras,
y hunde con sus guantes
en el hondo pantano,
al loto abierto sobre el río
entre verdes espadas
que custodian los ángeles fieles.

ODA DÉCIMA

Inocencia, ¿qué guardan tus armiños o tus nieves?,
¿qué imanada frescura callan tus jugos vivos,
para que seas deseada por la boca
del secreto vampiro de las cosas?,
¿qué flor confía en tus latidos,
corazón de niño, para que el homicida
no pueda soportarla?,
jazmín, jazmín puro, lucero de la mañana,
rocío, arcoiris, ¿por qué tu gracia
lo entristece tanto?,
¿a dónde se dirigen tus lúcidos vapores
cuando los perros rabiosos de la demencia
se atreven a estrujarla
con espumeantes dientes?
¿por qué tus praderas, tus playas,
la suave sombra de tus robles
pueden matar al esclavo?,
¿qué miedo inspira la tímida gacela de la ternura,
para que el orgulloso
la arroje con su látigo a las ásperas calles,
y deba cruzar sola laberintos oscuros
por haberse acercado a lamer
el sagrado sitio del incólume juez?,
corazones sin noche,
¿por qué dejaros desiertos como piedras?,
¿qué reptil en silencio devora nuestras sangres,
como la tibia leche de las humildes vacas,
mientras dormís sin cuidado
en lechos blancos?,
no la casta azucena de los puros
para existir las busca,
sino un nombre sin nombre,
de agujero, de gris, de vacío, de hiel,
una sombra de nombre.

ODA UNDÉCIMA

No era la muerte física
lo que el grito pedía al asombro de un niño,
sino la destrucción de la crueldad
que sólo su inocencia podía redimir,
y como fuente que levanta su espada de agua,
separar la savia
de las hojas secas,
el grito no pedía la muerte física,
sino el relámpago del orden
que devora el error, confiaba
al poder victorioso de un niño
la aurora urgente de un nuevo día
que extinguiera la altiva noche ciega
con su presencia, que saliera
una estrella, de los huesos,
que el mar contenido
en movimiento quieto por las cosas,
se elevara de gris hacia faisán dorado,
que el libro no escrito todavía en su alma
germinara como el roble
en la breve semilla,
y que del arca antigua devastada
que traía callada en las entrañas
escapara la orden de amar
como Dios nos amaba,
que el puñado de sol
que traía apretado entre los dedos
se soltara,
-decirlo sencillamente ahora,
cruzando el tiempo
la saeta disparada del alma,-
quedar libre de haber dudado
de la veloz inteligencia del amor,
celebrar que los ojos del niño
hayan visto
la luz del grito: matar
con el amor
el desierto de amor.

ODA DUODÉCIMA

Por haberme dejado en la tierra de los lobos hambrientos,
por haberme dejado en las fauces abiertas
del dragón de la muerte,
por haber permitido que los perros salvajes de la demencia
se disputaran mi corazón,
por haber permitido que los guardianes del desierto,
-los largos y flacos diablos de la estepa,-
me llevaran a la eterna llanura
salada de las lágrimas,
por haber permitido que las duras horquillas del pánico
se hincaran en mi carne y me arrojaran al polo
de la intemperie desolada,
por haberme dejado en la mazmorra
de las flores muertas, de las piedras agudas,
de las aguas hediondas, de los cóndores ávidos,
en el territorio soleado por las tinieblas evidentes
de los hastíos, de los tedios forrados de caricias
que usan las furias
para esconder sus uñas afiladas,
por haberme dejado incendiar en los ojos eléctricos
de la pantera silenciosa que ondula entre las hojas
de la selva de los bienes mentidos,
por el tigre cebado que saltó sigiloso,
confundido con las innumerables cifras verdes
de follaje de las plantas amargas,
y peló mi cabeza, y quebró mi osamenta,
y saboreó el lugar donde los pensamientos anidaban,
y lamió mi pasado, y mi presente, y mi futuro,
y ensució mis recuerdos con tierra cenagosa,
por haber permitido que las desconfiadas harpías
picotearan mi corazón
cuando estaba maduro como un fruto de estío
hasta dejarlo sin sangre, sin seda, sin agua,
sin membranas, sin licor, sin pichones,
por haber permitido que los buitres
robaran los ojos de mi cara
cuando miraban por las ventanas
del castillo de los prados altos,
los pavorreales, los cisnes, los corderos, las palomas,
los ciervos, las garzas, las menudas abejas
doradas y gloriosas, los picaflores extasiados,
los lirios, los lotos, los gladiolos elegantes,
y los ardidos crisantemos

quemados por amarillos,
rojos, celestes, anaranjados,
blancos fuegos, los nenúfares
de piel de príncipe,
los verdes ternísimos
que a los pies de papiros milenarios
se animaban a suspirar,
y latidos fragantes
del jardín llamado todo
expandían sístoles diurnos
y diástoles nocturnos,
y la nada era una mendiga de flores,
y en ese momento
mis ojos fueron llevados
al acantilado por los buitres,
a los húmedos fiordos negros
del océano Liso donde reinan
los vientos del hambre,
y sólo el gris,
el gris, señor de la comarca del Bostezo,
estira sus brazos esqueléticos,
y cuando caen las manchas rojas calientes
del pecho del pelícano moribundo
no llegan a los buches
de sus hijos que pían,
porque antes -¡mucho antes!-
los picos de los buitres celosos
los devoran rápidamente en el aire,
por haber permitido que fuera así,
¡oh Dios desconocido!,
te doy gracias.

ODA DECIMOTERCERA

A ti levanto mis manos,
-tú, que viste el robo de mis manos,-
y dejaste que el ladrón
las llevara a las oscuras cámaras
del vacío recamado de perlas
y sellado de oro,
que tiene dentro a la piel fría,
a la serpiente, a la viscosidad,
a la sombra, al ojo ciego,
a la humedad, a la lengua blanduzca y aguda,
al salto disimulado, al silencio ondulante,
a la traición ovillada,
al veneno forrado de marfil,
al negro vinoso, a la envidia selvática,
al disgusto umbrío, a la astucia voluptuosa,
a la rabia reprimida, a la pereza antigua,
a la ofensa callada, al cálculo verde,
a la impotencia astuta, a la crueldad indiferente,
a la ira añeja, a la cautela vinosa,
a la tristeza rampante, al puntiagudo fuego,
pero alisado en hielo que calcina,
a la quietud del movimiento
que inmediatamente puede agitar
contra lo alto el filo rojo de la lengua
desde el lecho ahuecado por lo solo,
-por lo para siempre perdido,-
si todavía quieres que los mastines furiosos
disputen mis venas
como a las algas el oleaje
por el ahora, y en el nuevamente ahora
desgarradas hasta siempre,
si todavía quieres que los leopardos
lleguen más allá del desierto
hasta la humilde lámpara,
hasta la solitaria choza
en donde se arrodillan los pensamientos
como semillas en la tierra
para que crezcan los árboles,
en donde los sentimientos
como los chorros irisados
en verticales frescas horadan la noche,
-la fuente que vence
al gran caracol del miedo,-

si quieres que todavía allí,
en esa tierra fértil crezcan la zarza y la aruera,
y el loto del Hueco,
que asciende de la laguna Estigia,
como un largo índice silenciante,
el solo, el enemigo de los vegetales festivos,
se clave en mi indefenso corazón,
si todavía quieres que los custodios
de la cárcel de los deseos,
aprieten el calor, la savia, el jugo, el olor,
que anima los pensamientos y sentimientos,
que los grandes perros grises del Polo
estrujen el hueso de sus carnes tiernas,
-igual de día que de noche,
con el viejo serrucho de sus dientes
sobre el hielo interminable,-
si todavía quieres que la aurora boreal
dure sobre el suelo templado
donde el deseo del sol es comido
por el gran vacío, por la sola única
perpetua ama doméstica
llamada tristemente costumbre,
si quieres que la avaricia legal
acuse todavía a la pobre gacela de la ternura
en el verde tribunal del bosque,
y la ejecuten los cazadores
de palomas dañinas
por haber confundido a los erizos de las harpías
con hojas de hierba fresca,
si todavía quieres verme castigada
por haber confiado en el sitio sagrado,
en el allí mismo,
en el oro llamado siempre, donde debes reinar,
donde Manovacías, -taciturno ladrón de la sonrisa,-
robó tu nombre,
-el gran usurpador de los ángeles,-
y disfrazó su muerte con tus trajes radiantes,
si así lo quieres, ¡oh Dios Desconocido!,
ten piedad de mí.

ODA DECIMOCUARTA

Mi alma de niña, hincaba sus rodillas
en el suelo del día primero,
en el día de las frutillas,
en el día de la seda, de la centella,
de la flor, del blanco, del pájaro, del calor,
solamente miraba la escalera de mármol
por donde subiría, solamente atendía
al agua de la fuente
en donde el rostro de las cosas
posaría sus líneas instantáneas,
como una breve llama en el cristal,
-única fecha sin ocaso
en el caduco calendario,-
solamente contemplaba la altura
a donde sería vertiginosamente levantada,
¿cómo hubiera podido adivinar
que el dueño de la aurora
había sido asesinado por la lluvia
y que Buitredehiel estaba en su lugar?,
¿qué sus oídos serían clavados por espinas,
y que ni de carne ni de sangre
de sonrisa concebiría, sino de charque
de disgusto y de veneno, una criatura
de jacinto odiado y de uva mordida?,
jirones de piedad quedan colgados
en las ramas grises del intenso desierto,
los niños mueren de frío
en el gran témpano, todo
se pone rojo como la pana de un corazón
cercado por agitadas ratas,
nido, pastor desvelado,
abrigo, vigor de todo,
sangre de las cosas,
domingo de los días,
salud de los números,
no permitas que a la luz de la luna
las hienas devoren nuestros cadáveres,
cordero, nombre de los nombres,
nombre de la vida,
perdónanos.

ODA DECIMOQUINTA

El gran saxofón negro
da el sonido enorme,
el sonido de la supernova
que vibra en nocturno espacio sonoro
el abismo pulsar,
el gran saxofón negro
da el sonido de la luna en sangre,
-en sangre convertida
en el ojo de Daniel, de Pedro, de Juan,-
da el sonido del sol Sacodecrin,
del sol viejo, del sol frío,
del sol opaco, vacío, amargo,
ciego, áspero, apagado,
del sol exprimido, caído adentro de sí mismo,
como un agujero,
en el día sin día ni noche,
-en el primer día sin luz,-
-en el primer día sin sombra,-
en el día del topo,
en el día del erizo negro,
y el jardín exhalante,
de flores altas como mujer
que se da en sus bodas,
con claveles de audacia blanca,
y rosada y amarilla y roja,
de castos mármoles olorosos,
de azucenas y nardos
erguidos en falos blancos
como espadas de amor,
el jardín de orgasmos
de masculinos-femeninos
llameantes himeneos,
cae devorado por el succionador
de la leche de la mujer,
el gran saxofón negro
da el sonido del dinero,
el sonido de la fiesta metálica
de los trajes de muerte,
y de ciudades cayendo sumergidas
por toboganes lustrados,
-los toboganes de fríos largos
como las boas del miedo,-
alguien despeina su cabellera nocturna

en una ventana iluminada
y sus cabellos se derraman
como una copa de veneno,
lava sus dientes ante un espejo irisado,
pero sus dientes mastican papeles sucios,
y el amor es una gran máscara,
-la del despojado de las palomas
blancas de la confianza,-
y se ve la cara del Hueco,
la cara de buitre del Vacío,
la cara de la demencia
llamada Nada,
su mirada bestial quema
como el hielo polar
porque ella es todo,
-completamente todo,-
lo que no *existió* nunca,
ni *existe* ahora,
ni *existirá* jamás,
la conocemos a ella,
morimos por no verla,
y gira, gira en alto,
la espiral del caracol
en llamas, del caracol vivo,
del caracol de carne y vegetales,
en trompo vertiginoso de fuego
hasta enfriarse en hueso solitario.

ODA DECIMOSEXTA

Uñas de furias excitadas
están hundidas en la seda,
y la vara del altivo
permanece incrustada en carne de niños,
-¡en carne de lujo y primado del Reino!-
solamente arde en el páramo
el cardo erizado de ira parda,
como una lámpara fría
la tuna espinosa en el desierto
yergue dura venganza polvorienta,
el silencio helado de la noche
vela con su gran capa
ruinas de arena y grito seco,
Sacodecrin suena intensamente
a Mudatiniebla,
nada se mueve hacia nada,
porque no hay razón:
-¿para qué, hacia dónde?-
las ramas despojadas, ardidadas,
de la gran higuera del disgusto,
dejan pegados en el aire
restos de fruto ácido
y de leche picante,
el cuervo, taciturno,
-sin devorar cadáveres,-
permanece inmóvil
en el mástil de la Acusación,
las palabras no suenan
ni la música ni el menor
hurón de entendimiento
intenta cruzar de un lado al otro,
para comunicarnos algo,
es el día del Estanque,
el mediodía del Hambre,
es el Zenit rojo de la Sequía,
livianas, insistentes,
llueven las cenizas juguetonas
del inmenso incendio,
-vilanos sonrientes de la Muerte,-
la sepultura crece al sonido
del gran Saxofón que no declina,
¡oh Dios desconocido!,
nuestros breves puñados de polvo

están quemados de no verte,
hasta la más borrosa huella
de nuestros pies te extraña,
el frío gasta con hielo y nieve frotada
el calor de los huesos que congela tu ausencia,
amamos, y el amor vuelve a nosotros
como un boomerang
que nos golpea el pecho con violencia,
y caemos exhaustos sobre nuestras venas
de suavidad encrespada
por el ácido rechazo,
nuestras cuencas vacías agonizan
por una gota de agua de tus noticias,
por un relámpago de tu sonrisa,
por una brisa de tu césped,
por un minuto de tus plumas
de ave blanca, por un instante muelle
en las sábanas de tu lecho hospitalario,
por una bocanada de aire
de tus cámaras secretas,
por una ráfaga luminosa
de tu flor abierta de magnolia
entre los espinosos bosques
amargos del castigo,
por una breve caricia de tu mano
sobre la liebre asustada
de nuestro corazón
tras la mata de pasto quemado...,
nuestra voz está arrugada por la sequía,
nuestra garganta, apretada
por las tenazas del gangster,
no nos queda sangre para darte
como los masticados mártires primeros,
solamente el hueco de tu rostro,
mapas del país de la Sed,
trabajos numerados, lluvia
y pantano de Cansancio,
niebla y humo de gestos fichados
por calendarios y oficinas,
puntuales carruajes negros,
bancos y fábricas y minas
y hospicios y seguros
donde pasean serios empresarios
del cada día y la muerte de hoy,
solamente las pompas fúnebres de la Corrección,
los muros de cal blanca
de nichos enfilados
en el Gran Cementerio bocinante,
-la máquina llamada Muerteviva,-
las ventanas permanecen cerradas,

las puertas no giran,
las estrellas empujan,
pero los aldabones de hierro
resisten a la luz de los faros,
nadie acude al llamado,
no se encuentra reposo
en los tibios pañuelos del Consuelo
la indiferente camelia
ocupa el caluroso amparo de los mirasoles,
se muere de cemento y violeta aplastada,
de torres de acero, y paloma estrujada,
de pánico doméstico, y de abejas ardidadas,
de guante, y cuna ensangrentada,
de saludo, y trébol pisado,
de intemperie, y de perdiz cazada,
de alambre, de plomo, y confianza
de leche y miel malditas,
de luto, y labio asado,
de diario, y conejo vendido,
de bostezo, y colores gastados,
de comercio, y corazón tirado
en la alfombra de gehena lustrada
del dormitorio cerrado,
morimos de ladrones de glicinas,
de estepa de metal, de lago duro,
de plutonio orgulloso, y mano cortada...,
morimos de llevar
nuestro propio cadáver bajo el traje
a los picos del buitre sentado en Orosiempre,
morimos de nacer a morir
y volver a nacer a morir
a su hambre de flores,
¡oh Dios desconocido!,
no podemos más.

LA CANCIÓN DE LA TIERRA

HERMANA TIERRA -A SAN FRANCISCO DE ASÍS-

Tierra, perdónanos, hermana nuestra,
-de la misma mano de Dios nacidos,-
porque te crucificamos el aire
como a una madre paciente,
y derribamos las selvas
que salen a recuperarlo,
porque calentamos tus hielos polares,
los aumentados océanos
levantan murallas de agua,
y caen lluvias diluviales
sobre olvidadas orillas,
porque agitamos con el calor
los vientos, haciéndolos girar
en espirales incontenibles,
porque lastimamos los velos
con que proteges del sol
nuestra piel, y a él, que es nuestra alegría,
como a un enemigo, le tememos,
porque damos la orden de estallar
a tus mismas entrañas,
y tu corteza ondula como una boa
asustando el reposo de las ciudades
y la serenidad de las montañas,
porque suprimimos la forma
de innumerables bestezuelas
que ni en tus prados
ni en tus ríos habitarán jamás,
porque tratamos a hermanos nuestros
como si no los conociéramos,
mientras tú los acoges en tus brazos,
porque adoramos a un ídolo
llamado Dinero, y aunque fuimos invitados
al convite fraterno
comulgamos con sequía de avaricia,
porque encrespamos furias
que no puedes evitar
y aparecemos por su aspereza
injustamente castigados,
porque al dueño silencioso de las manos
que te hicieron, al herirte, maltratamos,
y con los ojos de Caín,
que no veía que Abel era su hermano,
lo ignoramos,

porque comemos de los frutos del tedio,
y a los hinchidos de la vida, despreciamos,
mientras nos das hombres
de corazón manso,
árboles fuertes que resisten,
niños, estrellas, flores,
ríos, animales,
declaramos las guerras,
estabas entretenida
girando alrededor del sol,
cuando sin temor ni vergüenza
hicimos todo esto,
desde el sitio que aún te quede sin heridas,
escúchanos decir a los astros:
- “ésta es nuestra hermana, la Tierra,
nosotros, los humanos,
le agradecemos la vida.”